

Reflexiones personales a partir de un tratado talmúdico

El tratado de Jaguiga correspondiente al Talmud nos dice que el hombre, como se ha visto en otras oportunidades, tiene una mezcla de elementos que son de la creación de las bestias y elementos angelicales. Entre los primeros el texto dice que comemos, nos reproducimos y evacuamos igual que los animales. Pero por el otro lado caminamos erguidos, tenemos inteligencia y nos comunicamos del mismo modo en que lo hacen las criaturas celestiales. Esta tensión entre componente animal y componente divino nos atraviesa y nos atravesará siempre y es por eso, según los antiguos maestros talmúdicos, que si un hombre tiene una necesidad que no puede controlar de hacer algo malo, el texto le aconseja que se vaya a otra ciudad donde nadie lo conozca, se vista de negro, medite, y finalmente haga lo que su corazón le dicte. El texto no es muy claro sobre cuál es el alcance de la transgresión de la que hablamos (es obvio que habla de faltas menores y no de robos u asesinatos) ni sobre el exacto significado de lo que finalmente se permite o no.

Nunca me gustó este tratado, ni su solución al tema de las transgresiones. Me parecía que instigaba a la hipocresía, y que si alguien hace algo incorrecto es mejor que lo haga frente a los suyos, quienes le darán comprensión y lo ayudarán a sobrellevar sus transgresiones.

Sin embargo, últimamente empecé a cuestionar mi propia opinión y a valorar al tratado de Jaguiga a partir de un hecho personal.

Alguien a quien Gabriel y yo considerábamos un amigo tiene un corralón de venta de materiales de construcción. Nunca le compramos mucho pero las veces que lo hicimos nos entregó en tiempo y forma, aproximadamente. Hace algunos meses nos llamó diciéndonos que los tiempos eran difíciles y si podíamos incrementar nuestras compras. Así fue que le hicimos una compra con un pago por adelantado importante esperando una entrega próxima, al mismo precio que otros nos hacían por el mismo producto.

A partir de ese momento no le atendieron más el teléfono a la gente de mi empresa que llamó para reclamar, no nos entregó más que una parte mínima del pedido, nos devolvió una pequeña parte del dinero entregado y ya nos anticipó que no sabe cuando nos devolverá el resto si es que lo devuelve.

En este tiempo lo vimos en fiestas de gente en común, en el templo en el que rezo (se sienta unas filas adelante mío) y siempre lo saludamos tanto Gabi como yo con suma corrección (y lo seguiremos haciendo). Tarde bastante en decidirme a escribir esta nota, pero tal vez el disparador último de la misma fueron las fotos de nuestro personaje viajando ¡en clase ejecutiva!!!! a Londres con su familia sin siquiera cuidar un poco las formas.

Y aquí es donde prefiero la solución de los eruditos del Talmud, dado que en distintos años nos pasó que algún proveedor no nos cumplió y terminamos perdiendo todo o parte de lo pagado, pero es doblemente doloroso cuando es alguien que te invito y a quien invitaste a tus fiestas, alguien cuyos hijos viste crecer y seguiré viendo en reuniones.

Más allá de cómo termine esta situación, les agradezco a todos que me permitan hacer algo de catarsis en este espacio.

Deseo de corazón que no dejemos de confiar en aquellos que lo merecen, que podamos ser cada vez mejores, y que nunca nos defrauden en nuestra confianza aquellos con quienes compartimos mucho de la vida. Porque si es verdad que estamos a mitad de camino entre lo material y lo celestial, también es verdad que en cada uno de nuestros días tenemos la posibilidad de elegir quien queremos ser.

D.